

MANUEL URIBE ANGEL

ALFREDO NARANJO VILLEGAS

(Discurso pronunciado en la Casa de la Cultura de Envigado al cumplirse los ochenta años de la muerte del doctor Uribe Angel. Junio 16 de 1948).

Desde luego que es un honor el ser llamado para llevar la palabra en un acto tan solemne. Y queda al escogido la capacidad o no de responder a la medida de las esperanzas de quienes lo señalaron. Pero es un altísimo timbre de orgullo el que el Centro de Historia de Envigado haya creído que soy la persona indicada para llevar la palabra en este acto: es que me siento, como médico, heredero de la medicina antioqueña; como académico, soy disfrutante de enseñanzas recibidas en el recinto de la institución que él fundó; y como antioqueño, acepto con gusto, diré más, con devoción, la oportunidad de expresarlo en la tierra natal de Marceliano Vélez, el que ideó la fundación de nuestra Academia de Medicina para cuya realización fue don Manuel Uribe Angel motor insuperable.

Pero hay algo más, y es que la invitación que me hizo el Centro de Historia de Envigado me permite buscar inspiración cerca de una tumba amada: la del doctor Francisco Restrepo Molina, con quien compartí horas inolvidables y a quien debo enseñanzas de humanidad y de común afán por la Patria, clavada angustiosamente en mitad del corazón de ese dignísimo heredero espiritual de aquellas dos gloriosas figuras.

Si comparamos el pasado con el presente, es posible que no se perciba cambio alguno en la condición humana. Lo único que no se nos perdona hoy es el estar vivos. Hasta la edad, que el joven le merece términos peyorativos para sus mayores, parece reducirse cuando la muerte los ha silenciado. Sólo una lápida mortuoria tolera el reconocimiento póstumo.

Es lo que, para decirlo de una vez, me ha sorprendido en la existencia terrenal de don Manuel Uribe Angel: la unanimidad de sus contemporáneos para admirarlo, para escucharlo, para amarlo. No es la zalema interesada de quien sabe que si está cerca del poder político o económico, tendrá oportunidades que sólo desdenna quien haya sido tallado a cincel ético. Es que Uribe Angel no necesitó la política como caja de resonancia. La política lo buscó a él. Y lo buscó, precisamente, cuando su presencia en el remolino del motín implicaba la contención del incendio al que en todo caso no había sido Uribe quien hubiera arrojado la tea. De los episodios más expresivos de lo que representaba Uribe Angel, aquel en que, para salvar de la hecatombe la capital antioqueña, el envigadeño fue solicitado y solícito acudió al sitio de peligro para acallar, con lo que en su presencia se cifraba, a las turbas aullantes. Es que el respeto que inspiraba lo mismo discurría en las alturas que en las chozas. Es el premio reservado a las vidas sin mancha.

Y este homenaje al hombre — símbolo que tributan las gentes, se repite insistentemente: abundan las crónicas de la época. Y no voy a enumerarlas para no fatigar demasiado, y sobre todo para no cometer el irrespeto de recordarlas a quienes, como ustedes, bien deben conocerlas. Lo que me interesa es subrayar cómo ese respeto que inspiró Uribe Angel en los medios callejeros, digámoslo así, fue el mismo que se le rindió en la Academia de Medicina. Y téngase presente que allí tomaban asiento hombres que fueron cifra de lo mejor que Antioquia dio a la profesión médica: Pedro Dimas Estrada, Ramón

Arango, Andrés Posada, los Quevedo, Julio Restrepo, Juan B. Londoño, Eduardo Zuleta, Vespaciano Peláez, José Vicente Maldonado, Alejandro Restrepo, Julio Escobar, Manuel Vicente y José J. de la Roche, Federico A. Peña, Rafael Campuzano, Francisco Uribe Mejía, su biógrafo en el homenaje que la Academia rindió al cumplir los diez años de fundada, y donde llamó al envigadeño "orgullo del pueblo antioqueño". En fin, tantos nombres que pertenecen a la legión de honor de nuestros comienzos médicos.

Se manifestaba, dije, ese respeto en cuanta ocasión se presentaba. Se discute, por ejemplo, sobre sección de nervio y su posible sutura operatoria por parte de un perito. No ha tenido tiempo de estudiar el caso el doctor Uribe Angel: unánimemente los asistentes aplazan toda decisión mientras el patriarca está en condiciones de emitir su opinión. En el año 92 es electo nuevamente para presidir la Academia (recuérdese que fue el primer Presidente de la misma en el 87): renuncia dos veces y no se le acepta. Cuando lo hace por segunda vez, la Academia aprueba esta moción de rechazo, que es una síntesis exacta del sentir médico: "Los académicos presentes en la sesión (se lee el acta respectiva) no obstante las observaciones que hizo el doctor Uribe para que se le aceptara la renuncia manifestaron que la Academia necesitaba (sic) por mil motivos que el doctor Uribe A. continuara de Presidente..." Léanse algunos nombres entre los asistentes: Andrés Posada Arango, Julio Restrepo, Juan B. Londoño, Eduardo Zuleta. ¿No es verdad, señores, que no es ésta la unanimidad de las mediocridades?

Cuando finalmente, y por su ceguera, se declara impedido físicamente para seguir asistiendo a las sesiones, la Academia resuelve manifestar al señor doctor Uribe Angel "el pesar que sus miembros han experimentado al saber el mal estado de su salud; (sic) i que por deber i por justicia hacen constar públicamente que han estimado i estiman como es debido los grandes servicios que ha prestado a esta sociedad con su noble ejemplo de actividad, con sus dotes intelectuales y con su reconocida ilustración".

Pero es posible, aceptémoslo en gracia de discusión, que se puede obtener ese respeto por propagación de onda. Pero...¿Por media centuria? Es diciente, por ejemplo, el caso de persistencia con creciente admiración que la figura de Uribe Angel despierte en un hombre del sentido crítico de Luis Eduardo Villegas. Cuando cumple el maestro 62 años de edad, escribe el abejorraleño: "...Entre las lumbreras con que cuenta Colombia...hállase el doctor Manuel Uribe A.,...trátase de uno de esos trabajadores silenciosos del bien social. No ha deshecho reputaciones; ha curado llagas. No ha ganado batallas; ha combatido errores. No ha derribado gobiernos; ha levantado la humanidad, dignificándola...Hay en él algo de Hugo, bastante de Franklin, mucho de San Vicente de Paúl". — Quince años después, reitera el ilustre magistrado su adhesión al patriarca—. Y todos ustedes conocen cuánto plasmó en su "Corona funebre" con motivo del fallecimiento de Uribe Angel.

No es éste el lugar para citar sus trabajos exclusivamente relacionados con temas médicos. Mucho menos para señalar errores ya superados. Y no lo haré, cuando lo haga, con desprecio. Porque tengo por norma que en la historia se juzga de acuerdo con el momento que se vive en la cosa juzgada. Particularmente en medicina es muy fácil reírse de los antepasados cuando se tiene a mano el microscopio electrónico y la computadora. Situémonos en la época y usemos lo único que tuvieron: inteligencia y vocación. Y, entonces sí, ¡Juzguemos!

Entonces, ¿qué nos queda a nosotros de lo que enseñó Uribe Angel? Circunscribámoslo a algo más universal, que se sale de la esfera puramente

médica en cuanto que dice relación con nuestras actuales inquietudes ecológicas y de drogadicción. Veamos brevemente. De lo más importante que publicó Uribe Angel está su *Memoria sobre la acción erosiva de las aguas y sus consecuencias* —Pero permítanme un paréntesis. Comparto la repulsión de quienes creen que la historia son fechas—. Pero hay fechas que adquieren significación imprescindible, por lo que tienen a la luz de la posteridad: esta memoria, fíjense bien, fue escrita en 1880. Veamos unos dos apartes: “No es preciso ser muy anciano para recordar que en el valle de Medellín (media centuria antes), sólo la parte central estaba completamente abierta y prolijamente cultivada a principios de este siglo. Los costados de las montañas circundantes permanecían cubiertos, con raras excepciones, por viejas arboledas. Con muchísima frecuencia, durante las noches, pero más especialmente en las mañanas, una densa capa de niebla cobijaba los campos y las poblaciones...La niebla levantaba perezosa y lentamente de la superficie del suelo, se elevaba poco a poco, cubría primero los declives de la montaña y se posaba luego sobre sus cumbres. Ráfagas de viento empujaban en seguida estas masas fluidas que, puestas en circulación, mezcladas y confundidas las unas con las otras, se derramaban con frecuencia en forma de copiosas lluvias...

Condensado el vapor de agua en pesadas nubes, un cambio repentino de temperatura, producido por la dilatación del aire, le hacía trocar su estado vaporoso por otro líquido. Moléculas unidas a moléculas, obedientes por una parte de la ley de su simple atracción, aglomeraban gotas de agua o de granizo que, por otra parte, obedecían a la fuerza de gravitación y descendían con rapidez sobre la tierra. En su descenso, en vez de caer encima de una superficie desnuda, caían sobre el profuso follaje de añosos y corpulentos árboles y eran detenidos en su curso por un extenso filtro que alargaba el tiempo de su caída definitiva. Rodando de hoja en hoja, de rama en rama y de tronco en tronco, el agua llegaba en fin a ponerse en contacto con extendida alfombra constituida por detritus vegetales que la sucesión de los años acumulaba en las florestas, y que nuestros campesinos conocen con el nombre vulgar de capotales. Hojas amontonadas, plantas parásitas, tierra disgregada y todos los elementos de una vegetación intacta, exuberante y lozana, hacían de esos capotales enormes esponjas que, impregnadas por las aguas pluviales, constituían un segundo filtro, al través del cual el fluido se deslizaba más perezosa y lentamente todavía”.

Y más adelante anota: “Mientras la selva subsistió, aguaceros aun suponiéndolos diluviales debieron alterar muy poco la apariencia de las cordilleras y de los valles; porque si bien es cierto que el líquido permanecía por más tiempo sobre la superficie del suelo, la existencia protectora de los árboles daba a las capas geológicas superiores mayor grado de consistencia y tenacidad, impidiendo de este modo la aparición de vastos derrumbaderos y la formación de grandes barrancos”.

La MEMORIA es extensa. La descripción de lo que fue y de lo que ha quedado de nuestro suelo (¡recuerden que fue escrita hace ciento cuatro años!) es trágicamente vivida. La destrucción, verbigracia, del poblado de Aná por una de las peores inundaciones de la historia es como si Uribe Angel nos diera el cuadro visual para que no lo olvidáramos; la destrucción de la naturaleza, la tala indiscriminada de los bosques, acá para abrir un cultivo, allá para fundar un poblado, más lejos para explotar, sin que haya habido gobierno alguno que lo hubiera impedido, la tala de bosques sin la elemental precaución de sembrar nuevos árboles. Lo mismo el Magdalena que el Atrato dejaron de ser arterias para nuestro comercio, y se han convertido en medios de eliminación de nuestra materia orgánica. Y por todas partes un pueblo

de pirómanos a la espera de dos días de sol para quemarlo todo. El paseo campestre es una excursión en que no falta la caja de cerillas para prender el fuego. Cien años después de que el angustiado visionario envigadeño llamara la atención, tenemos ya el desierto a la vista. No creo que en el mundo, ni siquiera en Africa, se dé un caso igual que en el mundo, ni siquiera en Africa, se dé un caso igual de suicidio colectivo. Lo más grave es que el pecado nos cubre a todos: a los criminales de acción y a los de omisión: a los pirómanos y a quienes, gobierno o no, no nos hemos propuesto poner fin a este ataque irresponsable contra la patria. Colombia es un desierto con costa en los dos mares, es la posible definición que un cercano día leerán en una geografía los famélicos niños que ignorarán las enseñanzas de *Geografía General y Especial del Estado de Antioquia*, que dictó hace años un profesor llamado Manuel Uribe Angel.

Su generosidad intelectual, su desvelo por hacer resaltar cuanto hombre o tema valiera la pena de hacer conocer, lo llevaron a ser escogido también por la Academia de Medicina para escribir la biografía de muchos de los que iban desapareciendo, hundidos en la eternidad de Dios. Una de las más curiosas, por las intimidades narrativas que hoy en una sociedad que renunció a todos los valores espirituales sería de mal recibo, es la que escribió sobre uno de nuestros mejores y malogrados galenos. El médico de la patria que fue Uribe Angel lo advirtió al final: "No creeríamos llenar los deberes que nos impone el ejercicio de la Medicina, sino (sic) llamásemos la atención acerca de un grave punto de higiene pública que se conexiona con la suerte de familias enteras y de numerosos individuos".

El 6 de agosto de 1889 —otra vez la fecha para que ustedes sientan el espasmo de la historia de su trágica repetición, cada vez con más refinamiento!— murió trágicamente en París uno de los médicos de más nombradía por su inteligencia, por su deseo de compartir conocimientos con sus colegas, en una palabra, que practicó aquella inolvidable enseñanza de quien fuera el maestro de la Cardiología, Ignacio Chávez: "Enseñen cuanto sepan. Ayuden cuanto puedan. No se guarden avaramente su ciencia porque se les pudrirían justamente la ciencia y el alma". Tenía el doctor Alejandro Restrepo (que así se llamaba el profesional muerto en París) apenas 36 años de edad. Llegó a la droga por enfermedad. Veán ustedes apenas estos dos párrafos de la descripción de nuestro Uribe Angel.

..."La fatal vesania había tomado cuerpo y se mostraba con todo el horror de sus funestos e incorregibles caracteres...Bajo el influjo de la cocaína...el desgraciado que cae en el abismo abierto por ese destructor agente ve llegar el fin de su vida con muchísima más rapidez y en medio de tormentos a nada comparables. Adquirido el hábito, al más leve abatimiento del sistema nervioso se siente entonces al anestésico como a remedio supremo: principia por dar alivio pasajero; pero siguen bien pronto reacción penosa y nuevo abatimiento. La primera aplicación pide la segunda; ésta la tercera, y así, de modo continuado, se llega a muchas y mayores dosis del tósigo letal, y es entonces cuando se desenvuelve un cuadro de carácter verdaderamente aterrador...Si la administración tóxica se repite se unen (a los desórdenes) otros más graves y terribles. Visiones extravagantes producidas por un cerebro perturbado asaltan a los enfermos y son seguidas, de súbito, por alucinaciones indestructibles. En tales casos los pacientes se consideran víctimas de incensantes persecuciones: ya es el odio de la familia que cae sobre ellos sin piedad; ya espionaje permanente de mujeres y niños para observar sus acciones; por bandidos que los acometen; ora asesinos que los hieren; ora carceleros que

los encierran...En suma, el imperio de la voluntad desaparece y la inteligencia se pierde”.

He extractado algo, no todo, del patético cuadro que tan profesionalmente pintó Uribe Angel. Repase cada uno de sus recuerdos. Reconstruya la cotidiana tragedia, en tanto hogar con diferentes características, y explíquese si tenía o no razón este incomparable educador que en cada oportunidad trató de cerrar la brecha por donde la patria amenazara ruina.

En 1890, en un trabajo sobre higiene pública, propugnó la “cuelga” del río Medellín como la mejor manera de desecar pantanos y combatir la insalubridad.

Y lo mismo cuando escribe sobre Dimas Estrada que sobre Martínez Pardo, sobre Aureliano Posada que sobre Alejandro Restrepo Callejas, hay una constante en sus prédicas, una admonición permanente a sus colegas: “Advertid a los discípulos que la medicina es asunto de amor y caridad...Pero eso no quiere decir que los afanes y desvelos del médico...no tengan derecho a justa remuneración, porque en realidad hombres rodeados de obligaciones...bien necesitan poseer medios bastantes para desempeñar dignamente sus deberes...Pero que no olviden que en la superposición de las capas sociales, debajo de los opulentos están los simplemente ricos; debajo de éstos los de medianos haberes; siguen los artesanos y a éstos los obreros, y, en último término los pobres de solemnidad; y que mediten que para estos últimos hay hambre que atormenta, desabrigo que enferma, tristeza que aniquila y escasez absoluta que mata. A estos últimos deben dedicar sus cuidados con el mismo esmero con que los consangren a los favorecidos de la suerte”. Fue reiterativo en predicar que no hay para el médico diferencia de credo político o religioso, racial o económico, puesto que la enfermedad es común denominador.

La verdad, gritó ante la tumba de un discípulo y amigo, es el alma de la historia y de la biografía. —Si los humildes hubieran tenido voz para expresarla, seguramente habrían plasmado la suya para expresar la gratitud sin límites a aquella constelación de médicos— con Uribe Angel a la cabeza— que les sirvieron dándose totalmente, sin contraprestación ideológica, no importa que hoy hayan sido superados los exiguos medios de diagnóstico y de terapéutica. Recibieron de ellos todo lo que entonces había. ¡Y eso basta para su gloria!